



EL SÉPTIMO DÍA
 por Rubén Abella

El sabor del puré

Supongo que ya sabrán que el pasado lunes los informativos de Antena 3 estrenaron plató. La cadena habla de una nueva etapa al servicio de los telespectadores. Ya no hay un estudio dentro de la redacción, sino que toda la redacción se ha convertido en un único «espacio escénico». Entre las mejoras más destacables se incluyen una pantalla táctil de once metros de longitud, siete cámaras –tres de ellas con movimiento– y un set para entrevistas y programas especiales. Otra novedad es que los locutores se levantan de sus sillas y se pasean –algo rígidos, todo hay que decirlo, pero imagino que con el tiempo cogerán práctica– a lo largo de una especie de alfombra curva de color naranja. Todo, dice la cadena, para que la información sea más «dinámica». Una nueva «puesta en escena», cuyo objetivo primordial es «ir más allá». He preguntado por ahí y los que entienden de esto me dicen que es un cambio lógico. Hemos dejado atrás la cultura de la oralidad y ahora mandan la tecnología y la imagen. Es decir, el espectáculo. «Postelevisión», lo llaman. O, si se prefiere, «infotainment». Las demás cadenas, aseguran, tendrán que ponerse al día si no quieren perder a sus audiencias.

Yo, la verdad, no sé qué pensar. Lo primero que se me ocurre es que don Fabrizio Corbera –el inolvidable protagonista de *El gatopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa– tenía razón cuando decía que es preciso que todo cambie si queremos que todo siga igual. No hay nada más estático, me parece a mí, que el cambio continuo.

Pero de lo que hoy quiero hablarles no es de eso, sino de la dictadura del entretenimiento, de la terca y, hoy en día, generalizada noción de que las cosas sólo pueden ser buenas si son divertidas o,

mejor aún, espectaculares. No basta con que la televisión nos dé las noticias. Nos las tiene que dar con efectos especiales y el ritmo trepidante de un video clip musical. Los locutores se convierten en actores. El plató ya no es un plató, sino un set cinematográfico. Los informativos son películas que se ven varias veces al día. Algo parecido ocurre con la literatura. Las novelas que hoy más se leen no son las de mayor hondura y valor estético –si Juan Rulfo escribiera en la actualidad, le costaría trabajo encontrar editor–, sino aquellas que, mediante la aplicación de fórmulas fijas, que incluyen dosis bien calibradas de ingredientes como el erotismo, la violencia, el didactismo o el suspense, tienen como únicas metas entretener y vender mucho. Tampoco el mundo del arte es insensible a los encantos de lo lú-

Tampoco el mundo del arte resulta insensible a los encantos de lo lúdico

No acepto la idea de que, para merecer la pena, las cosas tengan que ser divertidas

dico. El Guggenheim de Bilbao ha exhibido motocicletas y trajes de Armani, y tiene instalado a la puerta un gigantesco perro de acero inoxidable cubierto de flores –*Puppy*, creo que se llama–, fabricado por el artista estadounidense



«El Guggenheim tiene instalado un gigantesco perro de acero, cubierto de flores. / R. ABELLA

Jeff Koons, también conocido por haber estado casado con la Cicciolina. ¿Y qué me dicen de nuestros niños? A la edad de diez años, cualquier niño de hoy tiene acumulados más juguetes –muchos de ellos sin estrenar, los pobres no dan abasto– que los que alguien de mi generación, y no digamos de la generación de mis padres, haya podido recibir a lo largo de toda su vida.

Hace unas semanas les puse a mis alumnos de la universidad el video del discurso de aceptación del premio Nobel de Mario Vargas Llosa. No sé si ustedes lo han visto.

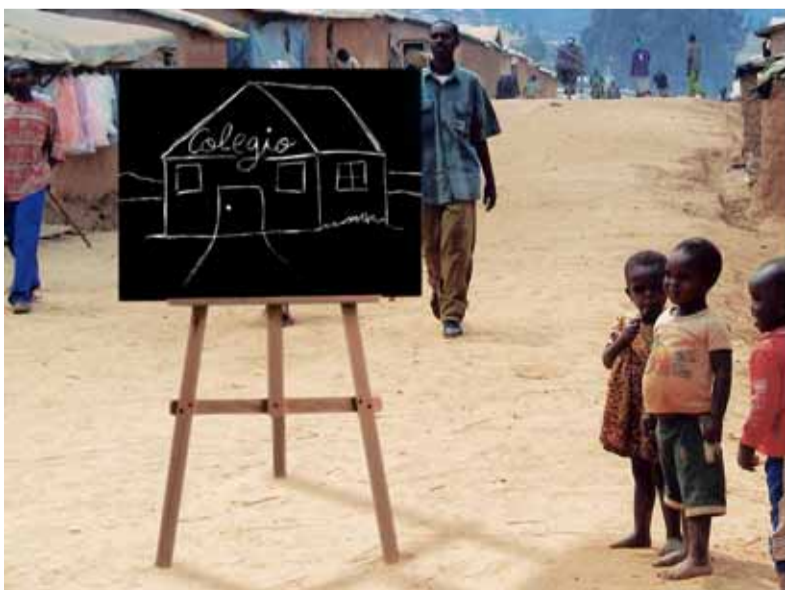
A mí me parece un discurso magnífico. Sin más apoyos que un atril, su propia presencia y su voz –nada de fuegos artificiales tecnológicos–, el escritor peruano-español hace una conmovedora defensa de, según sus palabras, esa «pasión, vicio y maravilla que es escribir», esa obsesión inexplicable que, por medio de la palabra, «vuelve natural lo extraordinario y extraordinario lo natural, disipa el caos, embellece lo feo, eterniza el instante y torna la muerte un espectáculo pasajero». Menciona a sus maestros –Flaubert, Cervantes,

nada en contra de la diversión y el entretenimiento –creo que son necesarios para, entre otras cosas, mantener la cordura–, y soy el primero en defender las bondades de la amenidad. Pero me niego a aceptar la idea de que, para que merezcan la pena, las cosas tengan que ser divertidas. Sinceramente, me parece un insulto. Porque nos infantiliza. Porque me recuerda a ese padre que, para que su hijo coma el puré de verduras, imita el ruido de un avión y pone en cada cucharada un poco de ketchup o de mermelada de fresa.

Faulkner, Tolstoi, Thomas Mann, Camus...–, que le revelaron los secretos del arte de contar y le hicieron explorar «los abismos de lo humano». Ensalza la capacidad de la literatura para mostrar que el mundo está mal hecho y para hacer que las personas sean más difíciles de manipular. Reprende con firmeza a los dictadores, a los fanáticos, a los violentos. Rememora con añoranza y gratitud sus intensos años parisinos y su Perú natal –«país de todas las sangres», dice, citando a José María Arguedas–. Habla de su deuda con España, donde se han publicado todos sus libros y ha recibido tantos reconocimientos. Y por fin, entrando de lleno en lo personal, se emociona al hablar de Patricia, la mujer «de naricita respingada y carácter indomable» con quien lleva casado más de cuarenta y cinco años. En mi opinión, como digo, un discurso memorable.

Sin embargo a mis alumnos les pareció aburrido.

No me entiendan mal. No tengo



AQUÍ FALTA UN COLEGIO.

El hambre, la guerra y el desplazamiento forzoso dejan a millones de niños y niñas africanos sin colegio. Con tu colaboración trabajamos para que este derecho se haga realidad.

Entreculturas.

EDUCAR ES DAR OPORTUNIDADES

entreculturas
 ONG Jesuita. 902 444 844
www.entreculturas.org